



Los desórdenes de la memoria

Aless Segovia







Los desórdenes de la memoria

Aless Segovia

Primera Edición 2020
Ilustración de Portada: cdd20
Diseño: Alex Iturbe
Edición y corrección: Cesar Jordán
© uno4cinco, 2020

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, total o parcialmente, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y manipulación de esta obra, sin previa autorización por escrito del autor y editor, de acuerdo con lo establecido en las leyes vigentes sobre propiedad intelectual en cada país donde se publique.

PARA AURELIA UITZ

ESE ABISMO QUE CAVARON LOS AÑOS

UNO

*Grande es la culpa del que ha nacido.
Ay, dorados escalofríos de la muerte,
cuando el alma sueña flores más frescas.*

*Siempre grita en las ramas desnudas el ave nocturna.
Al paso de la luna
suena un viento helado en los muros de la aldea*

Geork Trakl

I

Nací
en el funeral de todos los días
en la madrugada del silencio
carcomida por las sombras de mis ancestros
el primer sollozo permaneció en mí
durante todos los días de la existencia
fui la herida que alumbró mi madre en un quirófano
mi llanto era la última música del fuego que la quemaba:
la ceniza de mi vida atravesándole el vientre

II

Ahora
la larva del tiempo roe los cristales
supurando la carne derramada en las paredes
enterrando este silencio en las aceras del pueblo

nos han dejado solos
en aquel parque de tu infancia
donde llegabas después de moler
a tus escasos nueve años
cuando te colocaron una palangana en la cabeza
y nunca más pudiste deshacerte de ella

así te recuerdan:
balanceando tu molido
como le llamaban al fragmento de masa encima de ti
aunque solo tú sabías que molido
era tu corazón retumbando en las esquinas de tu pecho
meciendo en los hilos de tus venas
los tristes latidos de tu sangre
que habrían de crujir para siempre

aún los siento
recorrerme en tus recuerdos

III

De tu voz solo me queda el quebranto
 el desgarró de las sombras que se mueven a los lados
 para pasar desapercibidas ante las penumbras de la luz
 después que nos abandonaste
 la casa se volvió un cúmulo de polvo
 y en los muebles dormitan inertes
 los dolores del pasado
 el viento todavía sopla desde tu lejanía
 y lleva mis manos hacia el comal negruzco
 en el que solías amasar la textura del silencio
 acostumbrabas mojar las plantas de tu patio
 ver crecer las hierbas por la noche
 hasta que llegaron al techo e inundaran el cielo
 con tus ojos

a ellas sí las viste crecer madre
 y a mis hermanos confundidos con las mandrágoras de tu
 canto
 pero no a mí
 ni a ese abismo que cavaron los años
 enredados en tu osamenta

IV

También estuve contigo
entremezclada en la maleza del otoño
goteando en tu voz
cuando te sepultaron y no pude
oírte sellar mi humanidad
en el espanto de un acta probatoria de nuestro sufrimiento
Ahora imagino tu nombre en otras gentes
que se llaman como tú
pero no responden cuando les digo que te extraño
que me gustaría acariciarles el cabello
y cortarles las uñas
para que no nos duelan las manos al desenterrarte.

Dos

*Mi padre siempre llega ebrio a nuestros sueños
 Trastabillea. Vuelve al piso mientras su nariz sangra
 Se derrumba entre las calles
 Sale de las cantinas del pueblo
 con lunas muertas en los ojos
 Llega a nuestra memoria sin su caballo
 Vaga como un fantasma en nuestras noches
 Mi padre deja la casa en cuanto despertamos
 Jamás ha tenido corazón para quedarse*

Daniel Miranda Terrés

I

No me apellido como tú padre
 Dos veces estuve ante la muerte antes de nacer:

Tú
 también estás muerto

Toda mi vida lo he sabido
 porque es la única herencia que me dejaste

II

En algún callejón del pueblo
todavía cabalgas sobre las flores de mi madre
Por eso odio el golpe de los cascos en el cartílago de los muros
por eso enraicé mi cólera en el pelaje del caballo
para huir de la estela de tu cuerpo prolongada entre las grietas
una llaga que se abre en los amaneceres
desde el sitio de la bruma
al esqueleto de luz que burbujea entre las llamas

Nadie se quedó contigo más que la ausencia
más que la noche que picotea como cuervo
el agujero abierto de tus cuencas

Por eso siembro olvidos en tus arrugas
y deshilacho mi carne para negar mi origen

III

Busco tu casa y no está en ninguna calle
Me niegan con la cabeza los árboles
las hojas de los plátanos me guían a otros sitios del viento
Tu sepelio no corresponde a esta escasez de recuerdos
A la desaparición de esos lugares que te sostuvieron
mientras hilabas las ropas de tus hijos
mientras mi padre te daba un beso
antes de huir galopando detrás de tu alma

¿Quién te mató?
¿fui yo?
¿es mi existencia la ceniza de tu reino?

Yo era tu sueño
pero las pesadillas también son sueños

T_{RES}

*no es difícil entonces comprender lo que son a los nueve años la palabra
 masacre
 la palabra sur la palabra país*

Jorge Humberto Chávez.

I

El mundo es más fácil a cierta edad
 ¿Cómo imaginar la silueta de tu suplicio a los nueve años?
 En mis sueños eres muda y solo señalas las partes que te
 atormentan
 O tienes una voz que no corresponde a tu imagen
 y quedas eterna en la edad de tu partida

La misma edad que cumpliré dentro de poco
 La misma edad en la que planeo seguirte
 como siempre me persiguió tu silencio

II

A los nueve años también intenté hacer una tortilla a mano
 y desplumar los pollos del patio
 A los nueve años me imaginaba en los resquicios de tu

pelo, oyendo tus tosidos, las quejas que llagaban la noche
Siempre fuiste lo que desaparece, y también los lugares
vacíos que no desaparecen
A los nueve años me sumergí en tus ojos y te miré por fin
desde el abismo:
¿Qué es mirarlo todo desde la muerte?
me preguntaste.

LOS DESÓRDENES DE LA MEMORIA

*Entre las grietas de los pasos, en la huida al interior de la piedra
de donde sacamos el agua para nuestro lenguaje
rodaban las carnes de la descendencia en el ruido de la memoria
nadie sabía nuestros nombres y nada nos pertenecía*

*en el origen
la tierra era nuestro único alimento, vestíamos de ella, las hojas
caían de nuestro párpado
teníamos las manos hinchadas de hacer hijos con el semen de los
árboles*

*esos tiernos huesos desenterrados, comieron la noche
en el sueño surgió la guacamaya que va hacia el fuego
devorando el pronto descanso de la mano que nos forma*

*nos quedamos quietos a esa hora
el grito de los sordos vendedores del viento
los nacidos en pozos tapados
las madres subterráneas que no supieron decir con los ojos
el tiempo
estáticos como hojas cansadas que se desprenden del polvo
mirándonos en las ventanas internas*

*donde la biología se compone de nuestros dedos
de nuestro cansancio
del animal que nos pertenece dentro de la boca oculta*

*perecieron las faunas de la luciérnaga
insectos que miran en la madrugada los desórdenes de la memoria
el recuerdo intacto de la ausencia
el abandono de quedarse acostado y sin cuerpo*

*cuando llegaron, aves cayendo del rocío sembraban en pequeños
extractos su nombre
pájaros que retornarían con las lluvias retoñando en objetos
indefinidos
cerca de los triángulos, en la piel del gato
en la montaña recién parida por manos gemelas de hombres
anunciando la unión del barro con la llama
ahí no había más que un sitio
labios húmedos en cenotes anteriores a nosotros
los muertos del futuro
construcciones ubicándonos en el fin del mundo
y en la puerta
el dios que olvidó al hombre*

habló la madera

*incendió los pliegues de la lengua
no de flores ni desaparecidos a plena luz del día
sino de nosotros acordándonos de cuando fuimos erectos como
fémures mirando las tardes quemarse
naciendo de la vagina de dios
madre de la herencia que elige su vejez para la lluvia.*

Tú que traicionaste a tus padres
bajo lajas de piel llagadas
la noche que tu sangre se coagulaba con el frío

recuerda que tomaste los pechos de las huérfanas de la
calle y las cortaste para beber su leche
mientras los espermatozoides del viento preñaban
a las mujeres dormidas brotando
de las soledades de tus manos

no fue suficiente el llanto
atragantándose con los huecos de la garganta
llenándonos de partes de abandono
sometidos a cuerdas
cortando el cielo en las respiraciones del tiempo
en el mar que daña
el naufragio de las habitaciones
donde hacen el amor
los hijos que germinan de los muros
(luces que funcionan como aceite
se derraman en tus cabellos
no eran tus manos las que removieron

la carne de tu corazón
ese músculo que te permitía seguir
latiendo en los tallos de los árboles)

encontraste la hora en el ala del colibrí
santa de nuestra raza
te miraste en un ardor envejecido
cenizas tempranas que golpean
el rostro del pueblo cuando se queman los habitantes
cavando la candela en el sereno
en la tierra donde situaste a los niños enfermos
en caminos que no se reconocían
anegadas de estiércol
de ratas y perros

sangraste como una muerte a pedazos
muerto sucio
apagándote en las meceduras de la tierra
y quedaste anegado de miradas
que dejaron parvadas sin sombra y sin fuego
perdido en el oxígeno
putrefactas cuencas de mar

vaciándose en los osarios
quedándose en páginas de agua
paisajes de gentes derretidas
entre espejos que cumplen la función
de abismos.

*Los que pensaron en los montes
apenas rasgaban el atavío del día
a todos se nos quedó la angustia en la garganta
el porvenir de los que con pies encerados iban a todas partes
y se encontraban una y otra vez con la muralla
misma cosa de los derrumbes
nos tocaron las fases de los peces
revoloteando en pantallas brillantes llenas de silencio
y nos condenamos al exilio
huracanes del vientre amanecen con cardúmenes irritando los
cabellos del agua
olvidamos la lengua, el hilo rojo que usaríamos como extensión
de las venas de nuestro nacimiento, cuando el machete incendie la
piedra
para inmolar los días estancados en la sonrisa de Dios.*

No podrás decir que no se te advirtió
tu época se quedará callada ante la imagen
de viejos que se desnutren en pleno apogeo de maíces
gigantes como picos de garza

las mujeres andarán sin piernas
abiertas con un madero en la frente
la negrura del cuerpo se perderá por la noche
y quedarán los relojes
como perdidos
como si en verdad hubieran muerto

*Se disolvió la saliva, desgastándose en extractos de rosas
adormecidas en el suelo
fragmentada en sonrisas silentes en la inmensidad del mar
ese que nos negó en pleno naufragio*

*el cabello sigue creciendo, como raíz, un cartílago que se forma de
ojos, de boca, de hijos, de padres
de ausentes
dentro de la habitación del vacío, en un sitio ajeno, paraje de la
eternidad
los padres miran sin caber en las palabras
arrumbados sin dejarse libres de los cuerpos y las tragedias.*

Dormirán sobre los minerales
y en sitios de quirófano
no se permitirá crecer el hueso
de los dedos desmembrados que
el mundo encontrará a su comienzo

Serás tú quien muera por el tumor
en las costillas de tu abuelo
en el asma de tu padre
en los pulmones que te faltan
en las calles, en el desayuno
irás atado al cementerio
como a un puerto
y arrepentido sucumbirás
en las lápidas escupidas por cadáveres
productos de incestos y anomalías

La enfermedad se repetirá incesantemente
como un insecto que anida en el tiempo
morirás en ellos
y no te quedarás a salvo
al borde de la eternidad

ni a la orilla del río
desembocarás en todos los océanos
antes que las olas
durmiendo el sueño más profundo
de los hombres.

*Obligados por la carne a dar testimonio de este paso,
de la caterva en que nos sumergimos a diario
como hijos pródigos de las cosas
de lanzas que derriban a los ciervos, helechos y pólvora de monta-
ña, obligados para huir
para salir des-penetrando la mina
oyendo la voz que ahora es mía y me dio nombre:
el hijo pródigo de todas las cosas, dispuesto al grito de los planetas
ardiendo a mitad de la creación
la llama vuelve a la angustia, la guacamaya ahora se quema y
contempla el fin que no llegará en medio de una piedra que la
golpea.*

Esta pequeña ciudad se me hace enorme
amanece más temprano en los lugares
en que el otoño es un carro oxidado apresurando la marcha

las flores caen de frente, cansadas
y más camiones atraviesan los jardines
pariendo destiempos

estamos en los olvidos digitales
plasmas que chorrean la vida
en pequeños departamentos
donde gentes que pesan demasiado
caen a cada rato

en las distancias que se hacen
a veces se contemplan las llamas de mi casa ardiendo.

*Retumbó el pico de la centella, mi cuerpo yacía a mi lado
se llenaron de arena los mil brazos que llegaron del remolino.*

*mi padre entraba y salía de la noche y mi madre roncaba
y encima de ella sales carcomían las alas de los pájaros
una por una se fueron quedando quietas, aquietando el tiempo
oyendo la lengua sagrada de mi pueblo balbuciendo el despertar
rompí la piedra
yo también desperté, pero vencido
ya qué más le puedo hacer:
ya no estamos aquí.*

*Mi vista está cansada nomás,
así como un sueño que no ha terminado.*

Pido
si es posible
si hay alguien detrás de esto
que me salve
que me saque de los supermercados
de las avenidas
de los bancos
de los sepulcros atestados de lodo
si alguien pudiera oír detrás de esto
que vayan a decirle
a los que esperan que esperen
a los que cantan que canten
a los que tengan que hundirse entre la herida
que apuren las explosiones de la lluvia

Lloro con las ambulancias encendidas
soy el muerto
el niño naciendo
el inmolado
el paramédico insomne que revisa las pulsaciones
en esta calle que no fue hecha para las emergencias

Tengo el llanto de los padres, de los hijos
de los huérfanos, de los abandonados
me aterra ser despertado a medianoche
porque golpean la puerta y entra un hombre
y dice: tuvo suficiente
y no sea yo, sino otro
el que me lleve a cuevas

Huesos enterrados en el fondo del cielo
eso somos

Acude a mí la nada

¿Pero qué acude?

Mujeres desparramadas en el suelo de mi habitación
mirando de cerca todas las tragedias que me forman
pozos, heridas, ojos que no cierran la ventana

Ah, si tan solo pudiera, si tan solo supiera ser poeta
tendría ante mí todas las palabras para callarme
pero no sé, pero no las tengo

y me invento a mí mismo
penetrando a la nostalgia
o sentado a la orilla del tiempo
viendo deambular a toda mi generación
entre whatsapps y suicidios.

**ELÍAS ENCUENTRA A DIOS EN
EL SILENCIO**

Tú, señor de voz larga
hilo de silencio sonoro
acuérdate de desplomar el ave de carroña
que sustituye los llantos por la lluvia

El Señor era un largo hilo de *silencio* sonoro
 Un ave a la intemperie con un anuncio de temporal
 aproximándose

un sonido de lluvia salpica los ruidos en la patria de las
 sombras
 una letanía en el techo de lámina
 que hace despertar a mi madre
 viva años atrás
 en las raíces del viento
 la luz desespera la mirada recién abierta
 una ciénaga que oculta los huesos derramados
 en su boca anegada de sombras
 Madre mira hacia el horizonte
 arrojando retazos de recuerdos
 y formando charcas de podredumbre en los surcos de la
 herida:

¿Quién asoma entre los amaneceres?

me pregunta
 y un árbol de gajos resquebrados
 atiza la mañana con el trinar de mis cenizas

Mientras enjuagábamos el cadáver
dejamos de escuchar sus pasos entre la maleza

no los escuchamos derribarse sobre el ruido
en los días desesperados de sequía

Un día desaparecí
y fue Dios quien estuvo en mi búsqueda
clamó por mí en el vacío de sus labios
en sus encías con sangre

un día rehuí a los desembarques de los pescadores
los murmullos de los cardúmenes
en las entrañas de la madrugada

estoy ausente
la casa donde moro
aguarda en sus entrañas
una libertad espantosa
de días confinados al todo

puedo hacerlo porque mi nombre
ha sido sembrado en las arrugas
de la memoria

Tuve miedo el día que te nombré
como profeta
y dije al señor que me tomara
como siervo
a pesar de ser yo el hijo
más sediento de mi tribu

así que bebí
me acomodé las sandalias
y me dirigí a la terminal

dejé de caminar
y naufragué por vez primera

Durante el tercer año de sequía
el señor ordenó vaciar las paredes
de todas las casas del pueblo

Se vio entonces al esqueleto del dolor
 en forma de areniscas
conformar un piso lleno de aserrines
en el que acostados
hombres cortados por la mitad
intentaban dar de comer a sus hijos

Tú ya no te encontrabas entre ellos
habías huido a los montes
y te alimentabas de raíces
de las raspaduras a los troncos
y de la resina que bebías
para apaciguar tu fuego

Desprendí mis brazos para desangrarme
antes de regresar
y llevar a mi pueblo todo ese polvo rojo

después de alejarme
entendí a mis hermanos
cuando cruzaron este desierto
y no lograron llegar a algún lugar

ni siquiera a un sitio para desmoronarse

ahora
desde la distancia les miro las manos
diciéndome adiós
en ese pedazo de patria
que ya no es mi patria

Era más fácil para ti quebrarme todos los huesos
a través de la ausencia
dejar la marca de cloro y vejez
entre los duraznos extintos del patio

era más fácil vaciar nuestras lágrimas
en el fémur roto
que llevarte a cuestas cada día

como si nosotros fuésemos los culpables de ese olvido
de esa desgarradura que le hicieron a tus días

Hallé el pan despedazado
en la sal de los cuerpos heridos
balanceándose en el mar

mi lengua fue triturada por las ramas del viento

era mi nombre un cuerpo
con la carne deshidratada
bullendo de la noche
las cenizas
se adherían a las cortinas de las casas
reflejando mi sombra

porque mi piel iba cargada
del incendio de otros
que atraviesan las calles
y llegan a los semáforos
y se detienen y observan
la secuencia de los ríos
para luego desaparecer entre sus aguas
de repente tristes

Te quedas quieto cerca del navío que zarpa de la
desembocadura del mundo:

rastros de serpientes arrastran bajo mis costillas
piedra del lenguaje
y se mueven a todas partes.

Polvo y agua
forman el surco que caminan
con tus pies en el mundo
con tu corazón latiendo
en el músculo de las sombras

los edificios
ahogan las farolas
al alba
luces disidentes de luciérnagas
entran por la ventana
y huyen de cables y recibos

Sobre el ala del colibrí
desciende al contorno de un cuerpo
el bisturí que desgarrar la carne muerta

navegando la espalda de la ausencia
la masturbación del fuego conduce
al ave herida hacia la nube
se abre el cardumen
obstruye la garganta
el grito de un huracán mecido
en un verso de ritmo
descompasado

Nunca te lloré lo suficiente
porque no quise
porque el andamio
fue la frontera para sostener el viaje

llegabas a todas partes
y a todas partes ibas
como una vieja canción que oscurecía
por las tardes de duermeverla

tu auto fue una isla
de la costra
de la herida que nunca cicatrizó

pero no es el amor quien desgasta el poema
la cuestión
es que la sangre
obstruye el paso de los cardúmenes

la cuestión es:
que la vida llueve en la llama
y no se apaga

que apenas y podemos
movernos como sombras
porque nos han dejado solos
y los árboles
—más rápidos para lo eterno-
roen la luz
y nos vaciamos
en las pócimas de un bar
en la mezcla desigual
de lo roto
de lo compasivo

nosotros que solo supimos naufragar
en el madero de un bote antiguo

derrotados por golpes
de cárcel y nostalgia
por calles donde alguna vez
nuestros sexos aplastados
penetraban los muros de las habitaciones

A veces es lejano el temblor que sobre nuestro vientre
acecha
las partituras llueven cansadas y desvalidas por la calle
donde sueñan los cardúmenes meciéndose, mirando por
nosotros la multitud de soles que por la tarde ahogan las
pupilas para dormirnos

Puede que más tarde caminen por nuestras playas los
recogedores de arena
y nos opriman la garganta y nos exijan subir al asfalto
un cuerpo acuoso se pudre tras la luz que se apaga

Podríamos poner las tempestades en los poros, volvernos
la lluvia y llovernos
y repetirnos el nombre de quien nos dejó solos al caer la
vela y el incienso
sobre los relojes de arena que se quedaban quietos como
un corazón eterno
como un martillo congelado en la palma de la mano

Al amanecer el insomnio me muestra solo un vaho de
aliento
una voz podrida
en nuestras manos
hinchadas de no tomar alguna vez
un trozo de vida
ya no puedo llorar
en esos funerales diarios en que se me acercan y me
susurran al oído:
la muerte te espera en la cama
 enferma
 desvalida
se acuesta en los mismos sitios
de tu respiración

recuerdo
que cambiaste tu máscara por la mía
como si fuese el hueso vacío
o el cráneo ciego
de un dios
 una amada
alguien que llegó a casa algún miércoles
y se escondió dentro de tus zapatos
y se los puso
para caminar contigo

Me dices que se van alejando las crines del puerto
que esperas las primeras cosechas
en tardes de calor y agonía
llena de parásitos atrincherados
en la saliva de dios
que descarga su flema por la costa de sangre
del mediterráneo
de la selva
del semáforo que detiene los automóviles
que no te llevan al fondo de mi tumba

intenté buscarte hasta el horizonte de mis párpados

años después encontrarían tu cuerpo
en una carretera abandonada con la misma ropa de tu
nacimiento
con ese mismo llanto

Sin ti, tuvimos que fundar alguna vez un llanto
una ciudad deshabitada,
una habitación de gritos en una colmena colérica
ahora los lugares se mantienen sin la lengua cambiándoles el
nombre.

Todas las ciudades se fundan desde la pléyade de las luciérnagas

La tierra quieta
engulle a tus hijos

y el mar se aleja

el vagón con enjambres acude al llamado
de los que se durmieron en la calle
esperando, aunque nadie llega
cuando la casa y la poesía
calan
como el frío en la espalda de un moribundo

En la penumbra tu cuerpo es la madre selva
 el reloj cansado de mantener el tiempo en una costra
 el espectro de una imagen diferida por las antenas de TV

vuelves de la niebla
 sembrado en agua seca, arremetes en la boca de la espuma
 ajados los estiércoles de los peces atrincherados
 en el estómago de un ave con una piedra en el pico

llamas a tu hijo
 en la mitad de la llama
 la cortina cierra sobre el tallo de la hoguera
 una góndola que navega hacia el puño
 de un pétalo violento

atento al sonido de los vientos
 el viaje al interior de tu muslo
 pone en la muerte
 todas esas tardes
 huyendo de ti mismo
 en tu misma carne
 del paso desangrado
 al interior de las callejuelas
 en las radios encendidas
 oyes gritar
 a las madres asesinadas
 por los huérfanos de dios

Puede que ya no tenga nada que decir, que deba callarme
ante las otras bocas; que solo me queda el silencio, la
vagina pariendo muertos a ciertas horas del calor. Cuando
el muro yace en la penumbra-gigante horizontal que zarpa
del muelle con las cuencas rotas.

Soy un cargador de espermas navegando con un traje pegado al
cuerpo
que destroza el alma

y no traigo flores sino sales
y no traigo peces sino espinas

Soy el esqueleto del tiempo arrumbado en un reloj desecho
Sé cantar
y no tengo orejas
Sé besar
y no tengo labios
Sé mirar
y no tengo ojos
he mirado todo con la palma
de las manos
y no tengo manos

Vine a buscarle en su vejez prematura
sospeché de su ausencia, entre los pliegues de la niebla
más allá de las escaleras, mucho más allá de su mirada
los músculos se reventaban entre hojas de ceniza

Yo era un cuerpo pequeño en aquel tiempo
un pedazo de luz recién extraído del sol

mis embates en la tormenta
en la soledad de mis huesos
eternizaron sus cabellos
pegándolos al corazón como aves sin alas
derrotadas en medio del tumulto de mi carne

Nunca me tomó de la mano, jamás sospechó de mis labios
ennegrecidos
no vio la sal en cada elemento que componía el paisaje
diurno
en que descansaba mi melancolía
solo un día me encontró inerte a lado de su cuerpo
y me contempló como se contemplan las piedras
sin hálitos de fuego, sin tosquedades, sin arrepentimiento

En mi espalda descubrió su ausencia
Debía estar roto en alguna parte

Yo quedé abandonado y nunca pude levantarme de entre
las olas

Antes de todo esto, antes de los viajes al abismo
amamos el mismo espacio de las cosas
el terrible paisaje de los amaneceres

Y fue antes de la mañana cuando la carne se volvió un
cúmulo de sangres que ahuyentaban el alba:
quién soy sino el polvo que se deshace entre tus manos
la mazorca de la lengua que se corta
las arrugas de la piel creciendo como un cardumen a la
deriva

en sus ojos encontré charcos donde antes solían haber
lagunas

nada está ahora
solo el fuego quemando los montes
la fotografía del tiempo
en las paredes que intentan huir de esta demolición de mi
memoria

Antes de la mañana mi cuerpo yacía inerte—
bajo el puente, tú extraías mis vísceras:
era mi poesía

me viste morir, contemplar ese interior grotesco
lleno de sangre y pus
con partes de mi tierra en la boca
con signos de las (consignas)

soy sino tu tierra, tu médula golpeada por el prójimo
soy la imagen del mundo

yo que alguna vez intenté fraguar el relámpago
y que tal vez haya muerto en alguna primavera
yo el vencido que venció a la vida
daré al fin mi nombre al temblor de los amaneceres

en el lugar donde mi cuerpo yace
donde mi corazón estaba
un humo arranca el hueso
y caigo en los pulmones del asma
la carne raspándose hasta encontrarme

cabellos putrefactos aferrados
al naufragio

no nos salvaron los crisantemos
ni los picos de los pájaros
ni tu saliva ardiente ni su flor
producto de la tristeza de los hombres solos
como yo, tú
medio muerto cada día

como tú, yo
que me he quedado sin padres

pero a veces eres mi madre
y me dices como un secreto
que las hormigas trepan en su sordera
en el silencio del tímpano
bullen los signos
y hablan una muchedumbre de lenguas
que son como ruidos de las estaciones
otoños deambulando en primaveras vencidas
aquí hemos quedado, en este sitio

en el que el aire se cuela por todas partes
y las murallas se derrumban
con las llamas de los dedos apagándose

aquí, en el llanto de los lugares a los que acudiste
para acariciar el tiempo
reflejos donde a veces vemos
con cierto rencor
parejas que se abrazan afuera de
los hospitales
luego de su muerte

Apaleados los hombros que me dictan la sentencia roemos
la raíz del bosque
el mar golpe de olas aprisiona columnas de peces que
muerden los pies del navío
ahora el puerto está seco y los motores de los marineros
cerrados
no llega desde el faro la sombra que refleja la sangre entre
los pliegues
ahora estamos recibiendo los cuerpos sollozantes de los
náufragos
quietos y gritando la espuma dolorosa la cara silente que
apaga el fuego
estamos con la boca tomando el mundo por la yugular vena
que se extasía y huye
vamos sobre la cortina sobre la casa que navega y se hunde
vamos cabalgando las trompetas anunciante de un viento
mal presagio de las golondrinas y las aves de mal agüero
símbolo que se oxida
plumas de mar que llegan al suelo y esparcen sus átomos
nos queda colgando la tristeza porque las redes no son las
mismas
ahora tomas esta hoja y escribes la hora de las tragedias y

quedas atrapado en la nostalgia futura, de todos los tem-
blores, del torso del mar estampado en el yacimiento de
los dolores

Recojo los muertos de tu casa:

siguen astillando los paisajes
las fotografías de tus padres
sepultados en algún mes que ya no existe

Extraño la premura de los amaneceres
la nostalgia futura de los muros rotos
corrompidos por figuras de estambre
semejantes a hombres desvalidos

extraño a veces las sombras de agua
diluidas en las paredes de hierro
las pulsaciones
el intervalo entre las camas vacías
entre los ojos de dios y el mundo
donde las tribus contemplan
el despertar de un volcán
en el pecho de una libélula

quiero decir que extraño todo
como si esta muerte fuera otra vida
como cuando te sientas y lloras
en medio de las multitudes
y nadie te presta un pañuelo
o más lágrimas

a veces en que extraño el día
en que la noche llega todo el tiempo y no me deja
y es larga
y cansa

Y llegamos tarde
a encontrarnos en la llaga
porque somos el cardumen
que va carcomiendo la memoria
ese musgo pegado al cuerpo
que lentamente se desprende
de la vida
y va del cuerpo a una calle desolada
y no hay agua sagrada
ni canto
ni abismo
que rescate la esperanza

en ciertas partes de mi muerte
gusanos se comen
a mis ancestros
a mis hijos cuyas
luces de ojos ahora
como estrellas apagadas
vienen mirándonos
partir hacia la noche

Volverás a tus pasos y serás un fantasma. El rastro indivisible de tu cuerpo será la línea del mar que brota espuma y anega las huellas de la arena.

Serás una gaviota herida en el tejado de algún anciano.

Serás la pluma del manco cobarde que enciende una carta de amor escrita con los ojos.

No existirá la llama en el pelo revuelto, ningún autobús te alejará del tiempo. Las cosas anteriores han pasado. No hubo medicina para el arrepentimiento de la lágrima que cesa como un rayo que no termina de caer. No hubo día que olvides pasar por tu nombre a las orillas de un río de gasolina.

Cerraban las bibliotecas y surgía la palabra. El viaje nos llevó a la ausencia.

Éramos dos y a la vez uno. Corríamos por las costas de un naufragio, con los maderos de nuestra propia crucifixión.

El instrumento de tortura era esa piel delgada

esos ojos, la mano, tus labios enteros

porque no sabían pronunciar un adiós, me voy a vivir aquí dentro

Amanece la lengua
las costras han cedido al
intervalo de la mimesis

de mi alma, de mi herida
de mi cortadura en la boca

proliferan islas
que se queman desde un barco
que va a la deriva de costas
de puertos
atados
a los hilos
de mi piel
en su silencio está cerrada y solo se abre para reclamarnos
el veneno de la descendencia
se unta en mí para deshojar las calles de mi muerte
el tiempo que me llevó despegar los dedos de esta página.

pudiste ser el agua y sus pliegues
destazabas el cardumen
y las repartías con la

extraña musa
de sed excesiva
para un ausente
cuya sangre es una cuchilla
que bordea
la piel de la memoria

se deshace el cuerpo
entre nenúfares
se muerde las uñas
la memoria mugrienta
de las roturas

la sangre bajo la tierra
de todos tus muertos
se adhieren a los pulmones

cada día
cada día

retumbaban en tu piedad
de los huesos estrujados
por el paso de los espejos

polvo sobre polvo
nos volvemos
un polvo extraño

*en esa foto estamos todos
incluso
los que se llevó la chingada*

y nosotros
seguimos esperando


la gestación de nuestra madre
el nacimiento de nuestra agonía
respirando en los poros secos
en el paisaje que se va reduciendo
hasta acabar en un ataúd
repleta de flores

aquí, de frente
cómo todas las cosas van pasando
y tú terminas
cerrando esta hoja
y descubres que tus palabras
están formando el poema.

O tu muerte.

Aless Segovia
Campechido &
the Mayan poetry of la rue de la ville





La palabra que se forma en la palabra como la piedra en la piedra, piedra palabra que rueda y se rueda. Luego la palabra es dicha, abandonada, aventada al mundo de la lengua en que no encuentra lugar para existir; y entonces muere, se hace signo y se interpreta para no acercarse nunca a la hora en que se vio nacer.

La palabra contenida se transmuta, crea y se dispone a concebir. La palabra que recuerda el tiempo que fue sangre, crisantemo, casco de caballo, madre eterna que nunca deja de morir.

La palabra se repite, una a otra y cada vez tiene un tono distinto, cada vez lleva consigo más dolor. La palabra muere entonces al ser dicha y se convierte en un lenguaje de cadáver, lengua incierta de los días en que vienes de tu cuerpo al ahora extinto del ayer. Desordenada la palabra, muerta, se florece para no ser vista, ni escuchada, solo dicha, como eco de las tardes en que nada es acerca de seguir. Aless Segovia en este libro, como piedra, como llanto, como memoria del olvido que aún queda por venir.